



Publicaciones



Revista Catequética

SUMARIO Julio - Agosto de 2008 – vol. 49-4

PUNTO DE VISTA

Lectura de una experiencia. La comunidad cristiana de Ntra. Sra. De Guadalupe - Cáceres

por *Antonio María Alcedo Ternero*

DOCUMENTOS

El nuevo catecismo "Jesús es el Señor",

por *Juan Ignacio Rodríguez Trillo*

ESTOS MESES

1. ¿Tiene vacaciones todo el mundo? Celebración para el mes de Julio, mes de vacaciones

por *Xavier Ilundain, s.j.*

2. "Juntando virtud con letras". Diez posibilidades turísticas para el verano

3. Diez películas para este verano.

por *Txema Pascual.*

4. Formación, entretenimiento y provecho humano y espiritual. Libros para el verano

5. Y va de cuento... El buscador y Juan Simpiernas (Jorge Bucal)

por *Alberto Pérez Pastor, s.j.*

TESTIGOS HOY

Vicente Hondarza Gómez. Texto y dibujos: *Javier Prat Cambra.*

CATEQUESIS DE ADULTOS

La globalización, por *Fructuoso Mangas*

INFORMACIÓN DE MATERIALES

En la red: Iglesia en Daimiel: <http://www.iglesiaendaimiel.com>

por *Txema Pascual.*

PRESENTACIONES POWER POINT:

Fotos que hicieron historia, Clandestino; Viaje a ninguna parte, Dios te dice

por *Txema Pascual.* (www.recursospastorales.com)

Literatura infantil y juvenil: El camello de hojalata; Los lunares de Renata;

La sima del diablo, por *Mercedes Díaz Marcos.*

Libros: *A la luz de la palabra. Comentarios al ciclo A; Jóvenes sin fe? Manual de primeros auxilios para reconstruir con los jóvenes la fe y la religión.*

DVD: *Nacer en África,* por *Txema Pascual* (www.recursospastorales.com)

Música: *Vivir en equilibrio; Madurez* por *Txema Pascual*

Películas: *Padrenuestro; Nordeste* por *Txema Pascual* (www.recursospastorales.com)

CONTRAPORTADA

Un verano familiar. Dibujo: *Javier Prat Cambra.* Actividades: *José Luis Saborido Cursach, s.j.*



Lectura de una experiencia

La comunidad cristiana de Ntra. Sra. de Guadalupe - Cáceres

Antonio María Alcedo Ternero

Estas reflexiones que ofrezco a los lectores de *Catequética*, tienen como referencia obligada la monografía que apareció en el número anterior de la Revista sobre la Parroquia de Nuestra Señora de Guadalupe, de Cáceres (*Catequética* 2008/3, págs.). No pretenden tener más valor que el que puede darles mi particular apreciación, nacida de lo aprendido y vivido tras largos años de tarea pastoral y catequética. Debo confesar que, al leer yo mismo la monografía, he sentido en muchos momentos una profunda identificación con lo que en ella se expone; he sentido alegría y esperanza –en estos momentos en que parece que andamos escasos de ambas– porque el Espíritu sigue abriendo caminos en una Iglesia bastante falta de horizontes; he sentido también una cierta nostalgia (no me atrevo a llamarla envidia), viendo cómo algunos van logrando lo que otros quizá hemos intentado sin éxito; por último, he echado de menos algunas referencias que considero importantes, al menos si se contempla esta experiencia desde el año 2008. Me refiero a una cierta ausencia de la pastoral de la primera evangelización y primer anuncio, del que hoy tanto se habla y que tan difícil nos resulta llevar a la práctica. Bien es verdad que, si nos situamos –como no podría ser de otra forma– a veinticinco años del comienzo de la experiencia que comentamos, es posible que los años transcurridos hayan hecho cambiar bastante la situación de la cultura y de la Iglesia y, por lo mismo, sean también distintos los focos de atención que hoy nos pueden parecer esenciales y que quizá entonces no lo eran tanto. Lo mencionaré más adelante.

Pienso que a muchos pastores y agentes de pastoral que lean esta monografía y estas reflexiones les puede servir como ocasión para confrontar lo que en ellas se expresa con lo que hoy están viviendo en sus propias realidades pastorales, de descubrir carencias, o puntos de vista diversos, o incluso ideales que parecen imposible de llevar a cabo, si se consideran los diferentes puntos de partida de unos y otros. Me refiero a que la experiencia de Cáceres plantea «hacer una nueva parroquia, una nueva comunidad cristiana» en una zona nueva, con una gente recién llegada, sin ningún tipo de estructura de apoyo, mientras la situación de muchos lectores será, con seguridad, la de estar trabajando en parroquias antiguas, ya muy estructuradas, con estilos muy consolidados (¿esclerotizados?) por la tradición y las tradiciones, y con personas por lo general de edad avanzada a las que resulta difícil sintonizar con la parroquia “modelo Vaticano II” que la monografía presenta. Habrá que tener esto en cuenta para que la lectura, a pesar de estas diferencias, pueda resultar útil y ofrecer pistas que abran al futuro.

Con una mirada creyente creo que podemos descubrir que el Espíritu va trazando caminos nuevos y nos hace tomar conciencia de nuevos acentos, nuevas prioridades, nuevas respuestas, nuevos estilos, de modo que también nosotros, desde nuestras pobrezas y dificultades, podemos vislumbrar una Iglesia capaz de hacer presente el Evangelio de Jesús entre los hombres de esta época.

I. EL PROYECTO

Me detengo, en primer lugar, a considerar el proyecto desde sus comienzos, para analizar después los pasos que se fueron dando y los métodos que se pusieron en práctica.

1. El papel de Obispo

La creación de la nueva parroquia aparece en la monografía más como una decisión pastoral que como una decisión “de gobierno”. No es que ambas cosas se opongan, pero a veces la forma de hacer nos puede llevar a pensar más en un aspecto que en el otro. El Obispo, con sus colaboradores inmediatos (Vaticano II: CD 11), plantea la necesidad de hacer nacer, en medio de unas áreas recién construidas y recién habitadas, una nueva comunidad cristiana. Él es quien marca el estilo que quiere imprimir a esta nueva presencia de la Iglesia: «*un estilo nuevo de participación popular, que sea una alternativa pastoral a las parroquias ya existentes [...] Vais a hacer una parroquia que sea original, que sea de acuerdo con las líneas del Vaticano II. [...] Muchas gentes claman por otro estilo, pues no aceptan la parroquia como estación de servicio [...]. Tenéis un carisma y una experiencia que ofrecer a la diócesis, sois llamados a una misión diocesana [...]* “La Iglesia no debe actuar por la fuerza del número, sino por la fidelidad de las personas”.

Es importante destacar en este relato de los comienzos el papel del Obispo: de él parte la iniciativa de que la parroquia, con un estilo nuevo, sea "alternativa" a lo que hay en este momento. El carácter de alternativa lo marca la fidelidad al concilio Vaticano II. Cabe aquí recordar cuáles se vienen considerando los aspectos o acentos que identifican al modelo de Iglesia según el Concilio: La Iglesia entendida como Pueblo de Dios; la primacía de la Palabra de Dios; el reconocimiento del papel propio de los laicos; la acción evangelizadora; la centralidad de la liturgia; el diálogo con el mundo y la presencia activa en él. Lo que hace que una parroquia con este estilo sea "alternativa" no es tanto la presencia de elementos nuevos, sino la primacía que se les da en cuanto a identificadores de la comunidad, frente a otros posibles que no se excluyen, pero que no tienen el lugar preponderante que en otras épocas han podido presentar.

La presencia del Obispo, en diálogo con la nueva comunidad naciente (reunión del Grupo Base con el Obispo, 16 de junio de 1983) nos revela también la actitud y el estilo del pastor: anima y marca líneas de acción, apoya la tarea iniciada e invita a tomar conciencia de que la experiencia tiene valor para el resto de la diócesis, acepta y alienta el que la comunidad quede ligada a las personas y no sólo a los sacerdotes.

No es posible dejar de ver en estas actuaciones la puesta en práctica de las orientaciones del Concilio Vaticano II, sobre todo en LG y en CD: la Iglesia como Pueblo de Dios, el papel del Obispo como maestro, pastor y sacerdote. Es muy de valorar el liderazgo específico del Obispo en aquello que tan directamente le compete y que tan necesario resulta para los presbíteros y para los creyentes en general, más aún en un tiempo como el nuestro en el que, por muy diversas razones y circunstancias, se echa en falta bastante ese liderazgo eclesial y pastoral en el conjunto de nuestra Iglesia. Se diría que, al ir alejándonos en el tiempo del Concilio Vaticano, en vez de ir consolidando sus opciones y orientaciones, nos vamos olvidando de él y volviendo a posiciones que ya parecían superadas y que, por supuesto, responden mal a los nuevos retos del momento en que vivimos.

2. Los sacerdotes

Creo conveniente decir también una palabra sobre el papel que han representado los sacerdotes en el desarrollo de esta experiencia. Aunque, desde el principio, ellos asumen su papel de impulsores del proyecto, su actuación no aparece como de "líderes", en el sentido que se suele dar a este término, en cuanto directividad, sino de animadores y motivadores de la idea primera desde el interior del propio grupo naciente. Para el nuevo estilo de comunidad que se quiere instaurar, resulta muy valiosa la experiencia de uno de los sacerdotes que ya ha trabajado con comunidades eclesiales de base en Brasil. Su testimonio y sus aportaciones serán muy útiles para configurar el estilo que se quiere imprimir a este nuevo proyecto.

Hay que reconocer que no es tarea fácil lograr que se cree una conciencia y una actitud de comunicación, de participación, de corresponsabilidad desde el comienzo, ni para los laicos, ni para los propios sacerdotes. Para los presbíteros, porque han sido educados y formados para ejercer el ministerio desde posiciones de protagonismo (a veces excluyente) y de directividad. Para los laicos, porque no se les ha ayudado a descubrir su lugar propio en la Iglesia, su autonomía dentro de la comunión y su responsabilidad específica dentro de la acción pastoral. Sin ignorar la postura fácil y cómoda (también tan común) de dejar que otros lleven las riendas y reducirse a ser ejecutores de decisiones en las que no se ha tomado parte.

En la comunidad de Guadalupe se decide «*no dar un paso sin que antes se haya reflexionado y decidido entre todos*». Un estilo y una forma de hacer que se acerca al modelo del libro de los Hechos: puede recordarse la asamblea tras haber bautizado Pedro a Cornelio (Hech. 11, 1-18) o el concilio de Jerusalén (Hech. 15, 5, 29).

En la monografía, tras un tiempo en que los sacerdotes, en medio de la comunidad, han ido ejerciendo de animadores, más que de líderes, y de acompañantes en la fe, resulta estimulante constatar cómo se les considera: «*Los curas que tenemos son como el Avecrem, son el "punto" para dar sabor [...] Son los que siempre interpelan, los que "pican" y cuestionan, los que recuerdan siempre los objetivos, los que ayudan a no olvidar por qué se hacen las cosas...*». Tareas propias, en verdad, de quienes animan a grupos de adultos en camino.

II. ETAPAS EN EL CAMINO

1. Primeros pasos

Comenzar por las personas

Todo nace del propósito de llevar a cabo la iniciativa del Obispo: empezar desde abajo, no por el edificio, sino por las personas. De nuevo hay que remontarse al Libro de los Hechos: no importaban los lugares de reunión, sino el hecho de que se reunían: «partían el pan en las casas» (Hech. 2, 46), no precisamente en el Templo.

Los primeros que participan en el proyecto de Guadalupe -conviene tener esto en cuenta- son personas de buena voluntad, pero *«con una mentalidad que no estaba preparada para los nuevos tiempos: religiosidad del rito, de la práctica religiosa obligatoria, las devociones, la obediencia ciega a unas normas, los privilegios, la rentabilidad social de la pertenencia a la Iglesia»*.

Para ir dando pasos en la transformación de estas personas hacia la nueva mentalidad, se eligen unos temas de reflexión que se desarrollan a lo largo de un curso: significado de una nueva parroquia; actitudes de Jesús ante el templo, la ley, la salvación; la propuesta de Jesús: el Reino de Dios; el hombre nuevo; la Iglesia signo del Reino; las comunidades primitivas como modelo a reinventar hoy.

El valor de estas propuestas está, a mi entender, en que se ofrece a los participantes algo que constituye una “buena noticia”, una novedad, que invita, al mismo tiempo, a ir configurando una nueva identidad cristiana. Lo que después fue llamado por Juan Pablo II “la nueva evangelización” se pone ya en práctica, de alguna forma, en esta experiencia. También puede verse en ella la realización de algo que apuntó Pablo VI en EN 15: «Evangelizadora, la Iglesia comienza por evangelizarse a sí misma». Se trata de un proceso que podría llamarse de «nueva apropiación» del evangelio, realizado por personas que ya son cristianas, entre ellas y a favor de ellas mismas. Es una llamada de atención a nuestra actual forma de trabajar, pensando sobre todo en la renovación de nuestras actuales comunidades y de cada uno de sus miembros. ¿No estaremos necesitando lo que Pablo VI decía en el citado número 15 de EN? «Comunidad de creyentes, comunidad de esperanza vivida y comunicada, comunidad de amor fraterno, tiene necesidad de escuchar sin cesar lo que debe creer, las razones para esperar, el mandamiento nuevo del amor. Pueblo de Dios inmerso en el mundo y, con frecuencia, tentado por los ídolos, necesita saber proclamar las “grandezas de Dios” que la han convertido al Señor y ser nuevamente convocada y reunida por Él. En una palabra, esto quiere decir que la Iglesia tiene siempre necesidad de ser evangelizada, si quiere conservar su frescor, su impulso y su fuerza para anunciar el evangelio».

Marcando objetivos

El proceso de la comunidad naciente de Guadalupe se planteó como objetivo vivir la comunión. Para ello programaron tres pasos: la formación de grupos de talla humana, como base para vivir una comunión de fe; la creación de la parroquia como comunidad de los grupos, con la responsabilidad compartida por todos y con la aportación de los carismas de cada uno; y la comunión con la Iglesia diocesana y universal.

Junto a la reflexión y a la progresiva construcción, desde abajo y desde dentro, de la comunidad, hay otra dimensión que se cuida desde el principio: la dimensión misionera. *«Si lo que íbamos haciendo y descubriendo era algo bueno y nos llenaba de alegría y de plenitud, debíamos anunciarlo a los demás, a las familias de las distintas barriadas de la parroquia [...] El primer año, aún sin edificio, se hicieron varios grupos, que llamamos grupos de reflexión. Un objetivo, a corto plazo, de estos grupos era visitar e invitar a otras personas a este proyecto, animarlos a integrarse y a organizarse en grupos»*.

Es una constante de la evangelización y, a la vez, una piedra de toque de su autenticidad: desear anunciar a otros lo que se ha descubierto como bueno y positivo. Ya en el Decreto *Ad gentes*, del Concilio, cuando se habla del proceso de fe de los catecúmenos, se indica que, incluso antes de recibir el bautismo, «han de aprender también a cooperar activamente en la evangelización y en la edificación de la Iglesia con el testimonio de la vida y la profesión de la fe» (AG 14). Nuevamente, es *Evangelii nuntiandi* la que afirma: «El que ha sido evangelizado, evangeliza a su vez. He ahí la prueba de la verdad, la piedra de toque de la evangelización: es impensable que un hombre haya acogido la palabra y se haya entregado al reino sin convertirse en alguien que a su vez da testimonio y anuncia» (EN 24).

Cuando, en la vida pastoral, encontramos tantos cristianos que nunca han dado testimonio de su fe ni la han anunciado a otros, deberemos preguntarnos cómo fueron evangelizados, si es que alguna vez lo fueron de verdad. El arzobispo Carlo Caffarra, de Bolonia (Italia), afirma: «Es necesario procurar no caer en un error pastoralmente desastroso: el error de pensar que se pueda ser cristiano sin haber decidido jamás llegar a ser cristiano». Conviene que tengamos en cuenta la sabiduría de estas palabras.

La acogida

Otra actitud importante que marca también esta primera etapa es la de la acogida. *«La gente lo vio positivo, al ver que nosotros estábamos abiertos, que no era una parroquia cerrada y que podrían venir con nosotros. Esto atrajo bastante gente que estaba acostumbrada a otra cosa, y veían que todos éramos iguales».*

Quizá sea el testimonio de la acogida el que marca la principal diferencia entre una parroquia tradicional y una comunidad que comienza a funcionar con otros criterios. La acogida hace que la relación con quien se acerca sea más personalizada, ofrece la oportunidad de un diálogo que permite ir más allá de la pura formalidad de solicitar un servicio religioso, puede llegar incluso a constituir una ocasión de testimonio o de primer anuncio de la fe. La atención solamente “funcional” a quien viene, aunque pueda ser correcta, difícilmente permitirá romper las distancias y los límites que el propio contexto impone.

La economía

Un último aspecto que no conviene pasar por alto en el proyecto de comunidad de Guadalupe se refiere a lo económico: la decisión de compartir los bienes. La parroquia no es algo que los fieles ya se encuentran, que se les da hecha, sino algo que hay que levantar entre todos (y no me refiero sólo a la estructura material del edificio, que también había que levantar). Se parte de una reflexión sobre la comunidad cristiana primitiva (Hech. 2, 42 y 1Cor. 16, 1-4) y se marcan, a partir de ahí, unos criterios que se aplicarán a toda la actividad económica, tanto en referencia a las donaciones, como a los servicios que se deben prestar, como a la administración de los bienes.

Es muy posible que estos criterios, en su momento, chocaran con otras mentalidades y con otros usos -legítimos, por supuesto-, pero revelan una libertad interior y un deseo de coherencia con todo lo que se quiere llevar a cabo. Aunque hoy las cosas han cambiado con respecto al problema de la financiación de la Iglesia y también están cambiando, con este motivo, los criterios de muchos de nuestros fieles, hay que reconocer que el “ruido de las monedas” ha sido siempre para nuestro pueblo -con más o menos razón, no entramos ahora en esa consideración- un motivo para mantenerse a distancia de la Iglesia y de la religión. Querer romper abiertamente con este prejuicio y con esta inercia es una decisión valiente y evangélica.

2. Desarrollo del proceso

Lo primero: anunciar

Dentro de lo que hoy entendemos por «vida parroquial», cada vez hay una conciencia más clara de que las tareas de iniciar en la fe y de procurar que haya cristianos adultos son primordiales y urgentes. A pesar de que, en la práctica pastoral de nuestras parroquias, se sigue dedicando un gran esfuerzo de tiempo, de personas y de medios a la catequesis infantil y de adolescentes, polarizada en los sacramentos de la Primera Eucaristía y de la Confirmación, es verdad también que la preocupación por la catequesis de los adultos va creciendo y reclamando más atención que en épocas pasadas. Hoy, además, el proceso de secularización creciente en que nos hallamos inmersos hace que todo lo relacionado con la primera evangelización vaya adquiriendo un lugar preeminente entre las preocupaciones pastorales. Se tienen presentes, no solo aquellas personas que pueden considerarse abiertamente increyentes, sino tantas otras, entre nosotros mucho más numerosas, que en la práctica viven en la indiferencia religiosa o en el alejamiento total de cualquier referencia a Dios en sus vidas.

En la monografía no se plantea de forma directa esta tarea de primera evangelización. Ya se advierte que los destinatarios de las primeras invitaciones eran cristianos “tradicionales”. Aunque las personas que han participado en el informe sí consideran como primer anuncio el que se fue haciendo a los vecinos para informarles del proyecto de la nueva parroquia y para invitarles a participar, no es posible considerar esta acción como “primer anuncio de la fe” en el sentido que hoy se da a esta expresión. Hoy por

hoy, en muchos de nuestros contextos socioculturales, considerados poscristianos, sí que se ha hecho necesario plantear sin tapujos la necesidad de un primer anuncio de Jesucristo, ante el hecho constatado de que tanto su persona como su mensaje son desconocidos para muchos contemporáneos. Incluso se llega a plantear, al igual que lo hace el Decreto *Ad gentes* del Concilio, en relación con los países de misión, la necesidad de una «preparación evangélica», que consiste primordialmente en el testimonio de los cristianos y en la presencia de unos signos que despiertan la curiosidad y el interés por conocer la forma de pensar y de actuar de quienes se confiesan cristianos (AG 11 y 12). No es necesario advertir que lo que el Concilio estableció pensando en los llamados territorios de misión, tiene cada vez más plena validez en las tierras de vieja cristiandad. Pienso que el testimonio de la comunidad de Guadalupe debe estar siendo hoy, en cuanto signo de una forma alternativa de vivir la fe, un buen cauce de “preparación evangélica”, capaz de abrir a algunos a la pregunta y al interés por la fe.

Creo, además, que el talante comunitario que están poniendo en práctica es también una “señal de dirección” para otras muchas comunidades preocupadas por encontrar caminos para anunciar el evangelio al hombre de hoy. La comunidad cristiana, modelada al estilo del Libro de los Hechos, es hoy una verdadera alternativa a otros tipos de relaciones interpersonales, tan presentes en nuestra sociedad, pero regidas casi siempre por intereses de poder, de influencia, de éxito, donde la consideración de la igualdad radical de todos y la fraternidad están ausentes o se olvidan con frecuencia..

3. La iniciación cristiana

Implicación de las familias

Con referencia a este tema, hay una afirmación que se hace desde el primer momento: « *Nos dimos cuenta de que los padres necesitaban más catequesis que los niños. Estos venían de sus casas con unas vivencias muy pobres*».

Este convencimiento lleva a implicar desde el comienzo a las familias. El interés porque los hijos se preparen para la primera comunión es la oportunidad para invitar a los padres a plantearse también su propia fe y para procurar que se capaciten para transmitirla a sus hijos. El método que siguen les va llevando también a crear grupos de familias que se encuentren entre ellas mensualmente, lean juntas la Biblia, preparen los temas, se abran a una relación de amistad, que les llevará a desear continuar como grupo de reflexión incluso después de haber finalizado la etapa de la primera comunión.

Este modelo de catequesis infantil a través de la familia está comenzando hoy a abrirse camino. Por varias razones: está, en primer lugar, el problema del despertar religioso del niño, que no es una etapa más a cubrir por la catequesis parroquial, sino previa a la misma, ya que se trata de la creación de actitudes básicas que van a hacer posible, en su momento, la experiencia religiosa. Este proceso sólo puede tener su lugar natural en el seno de las relaciones familiares, como atestigua la pedagogía infantil. Por otra parte, tampoco es un proceso del que se pueda prescindir -aunque muchas veces se hace-. Iniciar una catequesis infantil sin un despertar religioso es querer comenzar a construir una personalidad cristiana (éste es el objetivo de la catequesis) sin haber puesto cimientos. Los abandonos posteriores, que tanta frustración crean en los pastores y en los catequistas, son fruto de este mal planteamiento. Otra razón es que resulta ilusorio pensar que un tiempo breve de catequesis semanal -una hora, por lo general- pueda compensar la influencia a veces lejana, si no contraria, a lo religioso que el niño percibe en la vida de familia.

Oferta hecha a la libertad

«*Esta modalidad es una oferta libre, porque comprendemos que hay personas que prefieren la catequesis tradicional*». Ciertamente, la catequesis familiar presenta, hoy por hoy, un problema pastoral que la comunidad de Guadalupe ha sabido afrontar con elegancia y realismo. Nada de obligar a todos a esta fórmula: se ofrece libremente a quienes quieran aceptarla y se mantiene el otro modelo tradicional para el resto.

Si se quieren dar pasos para cambiar las cosas, no es posible -ni recomendable- hacerlo por la vía de la obligación (comento este aspecto porque hay quienes sienten la tentación de hacerlo). La propuesta de la fe -y de la iniciación a la fe- se hace siempre a la libertad de la persona, del niño y de sus padres. Quienes aceptan la fórmula de la catequesis familiar, entran por un camino que podemos llamar de “reevangelización” que ofrece perspectivas de futuro para ellos. Quienes no desean entrar por este camino,

al menos se ven respetados en su opción y pueden quedar abiertos, sin traumas ni rechazos, a un posible futuro planteamiento de su fe. Es decir, que en esta época nuestra de transición entre el cristianismo tradicional y una forma nueva de ser cristianos y de vivir en Iglesia, mientras siga habiendo una fuerte presión social y consumista hacia los sacramentos "sociales", será necesario mantener una catequesis "a dos velocidades". Pienso que esto es realismo y que, aunque nos pueda desagradar, es la solución menos mala en esta época tan difícil para la transmisión de la fe.

4. La catequesis vivencial

Iluminar la vida desde la fe

Es una forma de expresar que la catequesis tiene más que ver con la vida que con sólo los conocimientos. El estilo que se ha querido imprimir a la comunidad de Guadalupe ha hecho descubrir que ser cristiano es mucho más que conocer la doctrina cristiana. Por eso la monografía habla de «*un aprendizaje vivencial de la fe en la vida de tipo iniciático*». El Concilio, en el ya citado Decreto *Ad gentes*, habla del catecumenado como «formación y noviciado de la vida cristiana» (AG 14). La iniciación cristiana, tal como hoy se entiende, pretende precisamente eso: introducir en una forma de vivir, de pensar, de actuar, de relacionarse, según el espíritu de los seguidores de Jesús. Esta iniciación tiene mucho más que ver con la vida en su conjunto que con sólo el conocimiento. El modo de hacer surgir la vida, como referencia para la reflexión, es el establecimiento de unas acciones (una campaña) que siempre tienen que ver con la solidaridad. En el desarrollo de la acción y de la reflexión se cuenta con los catequistas, pero se implica también a los padres, que llevan la campaña "a casa", logrando que el resto de la familia también participe. La acción finaliza con una celebración de fe. «*Es que el niño no solamente recibe teorías, como eras antes, sino que ahora las vive y lo hace vivir en su familia. Implicamos a la familia en todo lo que se hace*». Se establece, por tanto, una especie de "circulación" de las relaciones e influencias: de la comunidad hacia los padres, de éstos a los niños, los niños a su vez estimulan a la familia y todo vuelve a la comunidad para ser celebrado.

Como en la época primitiva

Toda esta experiencia quizá se parezca poco -o nada- a la catequesis a la que estamos acostumbrados. Aquí, la referencia a Jesús, a la Palabra, al evangelio, se mete por los entresijos de la acción, la impregna, la ilumina, le da sentido. Vuelvo a pensar en la catequesis de los primeros siglos, cuando el catequista acompañaba al catecúmeno durante dos o tres años para "contarle" cómo se vivía en cristiano y enseñarle a ponerlo en práctica, él también, en su vida concreta. Sólo al final, durante la última cuaresma antes de recibir el bautismo, el Obispo ofrecía una catequesis más sistemática sobre el Credo y el Padrenuestro (profesión de fe y oración cristiana) que, tenía, por supuesto, una gran importancia, pero que no podía -ni pretendía- suplir los dos o tres años de "aprendizaje o noviciado de la vida cristiana" que había asegurado la relación permanente con el catequista acompañante. ¿No está apuntando toda esta reflexión a la necesidad de volver más los ojos a la experiencia y a la praxis de los primeros siglos? No dejo de pensar en que los Santos Padres, que hoy nos asombran por su profunda sabiduría y espiritualidad, nacieron a la fe y al amor de la Palabra de Dios en los catecumenados de su época, y que tantos mártires, que llegaron a dar su vida por fidelidad al Señor, también aprendieron esa fidelidad y fortaleza en su etapa de catecúmenos. La Iglesia de los comienzos del siglo XXI, cuya situación en el mundo y en la cultura se parece cada vez más a la de los primeros siglos, deberá volverse a aquellos modelos de iniciación cristiana que dieron tan espléndidos resultados. La vida de las personas no la cambian los libros -ni siquiera el catecismo, con toda su importancia para la transmisión de la fe- sino el testimonio de quienes viven de otra manera y pueden atestiguar que vivir así, con Jesucristo en el centro de la existencia confiere plenitud y sentido y abre al hombre a la esperanza de una plenitud definitiva.

5. El problema de la continuidad

En la catequesis infantil

Una de las cuestiones que suelen plantearse los pastores en la acción catequética es la continuidad de la catequesis. Para responder a ella se ponen en práctica iniciativas diversas, más o menos acertadas, ya que pueden depender del planteamiento que se haga. No es lo mismo querer dar continuidad a la catequesis que pretender darla al proceso de iniciación cristiana. En el primer caso, se está atendiendo más

a la metodología, en el segundo, a la finalidad. A veces, mantener la catequesis con el mismo formato, método, materiales, locales, etc., puede llegar a cansar a muchos de los catequizandos y dejan de participar. Pero es posible plantear otros caminos o formas de educación en la fe, quizá más adaptados a las personas y a su psicología, que pueden resultar bastante más atractivos y eficaces.

En esta línea, la comunidad de Guadalupe establece la asociación "Tierra viva": «tres años tras acabar la catequesis de Primera comunión hasta pasar la adolescencia» y después los "Grupos J" a partir de 15 años en adelante. El método, sobre todo, es activo, con un acento más lúdico (talleres, guitarra, naturaleza...) para que los chicos no se desconecten de la comunidad en unos años que siempre son difíciles. Más adelante se acentuará el aspecto formativo, cuando haya mayor capacidad de asimilación -ya que han crecido en adultez-, para continuar el proceso de formación integral de los chavales. En este proceso de crecimiento -podríamos decir de iniciación cristiana- inscriben el sacramento de la Confirmación, no como una finalidad en sí mismo, sino como un momento fuerte dentro del proceso de fe. Cuando alguno pide la Confirmación (se acerca a la Iglesia para eso), le dicen: «Aquí no preparamos para la Confirmación, preparamos ya para casarte...» Se quiere ayudar a la persona a hacerse adulto y creyente, capaz de tomar sus decisiones y de asumir sus responsabilidades (una de las cuales puede ser recibir la Confirmación). Sin afirmarse expresamente, aquí hay también una presencia de la dimensión vocacional: cada uno se hará capaz, en el proceso de fe y ayudado por su catequista-acompañante, de descubrir el camino por el que Dios le conduce y le llama.

Los jóvenes

Tras la presentación del proceso de continuidad de la iniciación cristiana, se percibe en la monografía una cierta ruptura al tratar el tema de los jóvenes. Ya no se refieren a los comienzos, hace veinticinco años, sino a la actualidad. Ha habido una ruptura generacional. Una joven confiesa: «*Mi generación se ha desligado del tema de la Iglesia radicalmente*». Los hijos de familias que son cristianas han dejado de acercarse a la Iglesia y de considerarse cristianos. «*Hay una división –entre creyentes y no creyentes- de la que, desde hace tiempo, vamos siendo conscientes. Mi esperanza es que, con las nuevas realidades de las que estamos hablando, como lo de las "familias catequistas" o la "catequesis vivencial", la cosa cambie*». Hay en estas palabras una intuición de que el cambio de planteamiento -nosotros diríamos de paradigma- es decir, una nueva visión y puesta en práctica de la iniciación cristiana, puede ayudar también a cambiar el signo de la dispersión, de la desbandada de las generaciones jóvenes de la Iglesia. Este punto de vista viene a coincidir con uno de los planteamientos "de futuro" que empieza a hacer hoy la catequesis: la fe transmitida en la familia, o, al menos, los cimientos de la fe, lo que se suele llamar el despertar religioso. Esto va a suponer un desplazamiento del esfuerzo catequético: de los niños a los adultos.

Aparece en la monografía otra referencia de futuro: los "cursos de novios", con idea de suplantar los clásicos "cursillos prematrimoniales" que se hacen para cumplir el expediente. Pueden ser una oportunidad de ayudar a las parejas a hacerse un planteamiento de su vida de mucho más alcance, y una oportunidad también de hacer una propuesta evangelizadora.

6. Los adultos

El tema del anuncio de la fe a los adultos no aparece de forma expresa en la monografía. Se alude a él indirectamente al hablar de quienes vienen atraídos por el testimonio de la comunidad, o por alguna invitación expresa, o se acercan porque quieren hacer algo, personas que traen ya alguna motivación cristiana o alguna inquietud que hay que consolidar y purificar. La acogida y orientación de estas personas se realiza a través de los «*procesos de fe hacia la comunidad*» (PH). La metodología es activa y vivencial: se parte de la vida concreta y se reflexiona a través del método ver-juzgar-actuar. No cabe duda de que este proceso lleva dentro de sí un elemento evangelizador, aunque no aparece en las expresiones de quienes están contándonos la experiencia. La metodología activa se lleva a cabo haciendo que la Palabra ilumine los hechos de vida y descubriendo de qué forma Dios está llamando a cambiar los puntos de vista, las valoraciones y las decisiones. En la medida en que este método se va convirtiendo en una forma normal y espontánea de analizar la vida y de situarse ante ella desde la fe, la persona va siendo transformada y va adquiriendo lo que se ha llamado «*mentalidad de fe*». Esta mentalidad es la que identifica al cristiano adulto.

Hubiera sido muy deseable conocer la experiencia que la comunidad de Guadalupe está teniendo con respecto al tema tan actual de los alejados de la fe y de la Iglesia, a los que es necesario salir a buscar,

es decir, lo que comienza a llamarse la "misión ad gentes" hacia los paganos de hecho que viven junto a nosotros y entre nosotros. Es de esperar que la Revista *Catequética* pueda presentar pronto alguna monografía sobre este tema específico. Muchos pastores están necesitando conocer experiencias de este tipo, que cada día van a tener que ponerse en práctica de forma más generalizada. Hoy por hoy, no es posible limitarnos a esperar que las personas vengan; es necesario que salgamos al encuentro de quienes quizá están buscando sin saber dónde encontrar aquello que ansían.

7. La comunidad, clave y referencia

La dimensión comunitaria es, en mi opinión, el aspecto que mejor viene identificando la renovación de la parroquia según el espíritu del Concilio Vaticano II. El despertar del espíritu y la conciencia comunitaria es la piedra de toque que permite comprobar que se va dando una transformación en las mentalidades, en las actitudes y en los comportamientos de los cristianos.

En toda la génesis y la historia de la comunidad de Guadalupe está muy presente el proyecto comunitario. Desde los orígenes, cuando se comienza a crear un tejido de relaciones humanas, en cuyo centro está la fe en Jesucristo y el proyecto del Reino, aún cuando todavía no hay ninguna estructura de apoyo. Se tiene como referencia la experiencia brasileña de uno de los sacerdotes, y, al diseñar el proyecto de parroquia se establece que *«lo que se pretende es formar una comunidad cristiana parroquial, con la participación de todos»*.

Junto al recuerdo de los comienzos, en la monografía puede también percibirse la situación actual de la comunidad, a través de las expresiones de los entrevistados. Se constata que la experiencia comunitaria es fuerte e intensa. Sin embargo, también se hace mención de algunos aspectos carenciales, de dificultades que se presentan hoy: personas que no se integran y quedan al margen, quienes participan en los actos colectivos pero no en los grupos de reflexión, el "bajón" de los jóvenes, un cierto encerramiento. *«Estamos en una situación en la que crece la calidad de la fe entre las personas que empezaron y han continuado el recorrido, pero no se ven resultados en cuanto a que revierta en el número de personas jóvenes. Hay escasez de relevos de familias jóvenes que continúen o que simplemente mantengan los resultados obtenidos»*.

Se refleja en estas palabras la crisis que está afectando a toda la Iglesia: el doble problema del encerramiento de muchas comunidades ante el riesgo de salir a la intemperie del mundo y la ruptura generacional que ha vaciado nuestras comunidades de personas en las edades más prometedoras: 25-55 años. A pesar de la gravedad que la situación en sí presenta, creo que es necesario verla como un reto y una oportunidad. Si seguimos creyendo en la vigencia del Evangelio de Jesús y de su proyecto para el hombre y el mundo de hoy, tendremos que discernir las raíces de la actual situación y descubrir los nuevos caminos por los que la Iglesia deberá transitar en el próximo futuro. Algunos episcopados de nuestra área cultural han tomado conciencia del reto y están dando pasos valientes y proféticos. Entre nosotros, parece que aún no ha llegado esa hora. Quizá el Espíritu nos está pidiendo vivir en una "espera vigilante", sembrando con esperanza y aguardando la hora de Dios.

8. Las expresiones de lo comunitario

La comunidad se hace signo a través de las estructuras de funcionamiento: la **asamblea**, la **coordinadora** de los grupos de reflexión, el **Consejo pastoral**. Son los diferentes cauces que hacen posible la participación y la corresponsabilidad de todos. Sin embargo, la experiencia comunitaria básica son los grupos que se reúnen semanalmente. Porque la base del grupo y de la comunidad es la relación: dicho entre cristianos, la fraternidad. Es en la relación inmediata donde se ejercitan la escucha, la aceptación, la tolerancia, la colaboración, el perdón, la atención al más débil, donde se lleva a la práctica el mandamiento del amor. Cuando se viven sinceramente estas actitudes, surge un testimonio que resulta atrayente para los de fuera. La comunidad comienza a ser signo *«del "mundo nuevo", del nuevo estado de cosas, de la nueva manera de ser, de vivir, de vivir juntos que inaugura el Evangelio»* (EN 23).

La liturgia, por su parte, es el cauce a través del cual se vive y se expresa la experiencia más profunda de la comunidad. Sin olvidar que toda la liturgia, sobre todo la Eucaristía, cuya expresión más plena es la Asamblea dominical, construye la comunidad por la acción del Espíritu.

Porque es un momento central, debe ser preparada a conciencia, deben preverse el lenguaje, los signos, la participación. Esto hará que la misa sea más “de todos”, que se supere el espíritu consumista que muchas personas continúan llevando a la misa dominical. Cuando la celebración ayude a vivir el espíritu de familia, la cercanía entre las personas, la experiencia intergeneracional, se hace posible ofrecer a otros -a los de fuera- la oportunidad de la inmersión (es decir, vivir una experiencia desde dentro) en algo que es tan propio y tan original de los cristianos. Se les puede decir: «Venid y veréis» (Jn 1,39).

La economía. En la historia de la comunidad de Guadalupe, la aportación de todos y la participación en la gestión de la economía ha sido una constante desde los comienzos. *«La gente pagó con su dinero gran parte de la construcción del Templo. Una vez acabado éste, las cuotas siguen prácticamente igual, lo que indica que la gente tiene conciencia de que estos es de todos [...] Desde el principio dijimos que la fe se tiene que notar también en el bolsillo».*

Es la puesta en práctica del ideal de la comunidad de Hechos: «Lo tenían todo en común» (Hch. 2,44). Puede verse también en la experiencia cacereña un adelantamiento a la situación que, a partir de ahora, tendrá que vivir toda la Iglesia en nuestro País: depender económicamente sólo de sí misma.

La corresponsabilidad en lo económico fortalece también el sentido de pertenencia. Quien nunca ha sentido la obligación de sostener a la Iglesia, difícilmente puede considerarla algo suyo. Esta mentalidad, que todavía perdura en muchos cristianos, hace siempre difícil que se dé el paso a la experiencia comunitaria, que se pueda llegar a decir -y a sentir- de forma convencida: “somos Iglesia” o “ésta es nuestra Iglesia”.

La opción preferencial por los pobres. La solidaridad. *«Somos parroquia misionera, no sólo para la evangelización explícita, sino en el compartir los bienes. Esto lo tenemos siempre muy presente».* No se trata de dos elementos excluyentes, sino todo lo contrario: anunciar el amor del Padre a todos, manifestado en Jesucristo es proclamar la justicia radical que debe existir en las relaciones entre unos y otros. La constatación de la injusticia lleva a la solidaridad, que se ejercita en las diferentes acciones que la reflexión sobre la vida va ayudando a discernir. La comunidad según el estilo de Jesús evangeliza, por tanto, con la palabra y con los hechos. El compromiso por los demás fluye de la verdadera conciencia cristiana.

Más allá de los propios límites. Para una comunidad cristiana, la pertenencia a la Iglesia no acaba en los contornos del propio territorio. Hay niveles más amplios en los que también se realiza la eclesialidad. Estar abiertos a la colaboración en estos otros niveles (arciprestazgo, ciudad, diócesis, Iglesia universal) es un signo de madurez y de apertura. Puede decirse lo mismo de la capacidad de trabajar en común con instancias profanas o civiles. Todo lo que sea beneficio para las personas, sobre todo para los menos favorecidos, merece la atención y el compromiso de los creyentes, y es una forma de presencia en el mundo, hoy tan necesaria.

«Rebelde fidelidad». Con esta expresión feliz cierra su informe la comunidad de Guadalupe. Se puede ser fiel a lo esencial, a los principios, al proyecto de Jesús, y al mismo tiempo mantener una rebeldía frente a lo que se opone a ese proyecto, tanto dentro como fuera. La permisividad o indulgencia con nuestros propios fallos dentro de la Iglesia no nos ayuda a la conversión. Y la permisividad o aceptación de hecho de los fallos o de las injusticias estructurales nos hace cómplices de sus consecuencias, que siempre inciden sobre los más débiles.

«Con la esperanza puesta en el Señor, pero con muchos interrogantes aún sin resolver». Así: abiertos al futuro, pero con los pies bien pegados al suelo. Es una buena consigna para estos tiempos brumosos que estamos viviendo.

9. A modo de conclusión

Desde hace unos años, un grupo de pastoralistas y catequetas venimos reflexionando sobre lo que hemos llamado “nuevo paradigma de la catequesis”. No se trata sólo de una nueva metodología, sino más bien del planteamiento global de un nuevo marco y de unos nuevos acentos y opciones de la catequesis, o mejor, de la iniciación cristiana, que sea capaz de responder a los retos del momento cultural que estamos viviendo. Estamos en un tiempo de búsqueda, de tanteos, de experimentaciones y, a la vez, de consolidación de algunas convicciones, de logro de algunos “puntos de no retorno”.

Para evitar el riesgo de que la reflexión se pueda convertir en pura teorización, es bueno confrontar lo que se va pensando con la vida concreta y discernir si, en verdad, el Espíritu va llevando a la Iglesia por estos nuevos caminos.

La experiencia de la comunidad de Guadalupe, de Cáceres, viene, en mi opinión, a confirmar nuestras búsquedas. Sin que afirmemos que se da una coincidencia total, sí se percibe una sintonía en las líneas de dirección, en los acentos, en bastantes opciones: **la primacía de la comunidad sobre las estructuras, la implantación de la catequesis iniciática**, aunque se mantenga a la vez la fórmula tradicional, **la liturgia como ámbito de inmersión** en la experiencia cristiana, la **catequesis desescolarizada** y más cercana a la vida. La impresión que queda al final es que por ahí va soplando el Espíritu, que los caminos que se van trazando son caminos de futuro. Habrá que seguir buscando, atentos a la vida, oliendo los vientos de nuestra historia, porque ahí nos habla el Señor.

Pastores y pastoralistas, catequistas y catequetas tendremos que continuar en diálogo, aprendiendo unos de otros, estimulándonos unos a otros y todos atentos a la voz del Espíritu que hoy sigue «hablando a las Iglesias».